

Doctorado y Reconocimiento

DOCTORADO HONORIS CAUSA A CARLOS DI NÚBILA*

Rector Magnífico de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Arquitecto Miguel Fiallo.

Señor Presidente en funciones de la Fundación Universitaria Dominicana, Licenciado Eugenio Garrido.

Señores Miembros de la Fundación Universitaria Dominicana.

Señores Vice-Rectores y Decanos de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Compañeras y compañeros del Claustro.

Amigas y amigos invitados.

Señoras y Señores:

Este es un momento de gran trascendencia para mi familia y para mí.

El honor que se me confiere con el otorgamiento de un Doctorado Honoris Causa de esta Universidad hace que afloren en mi alma profundos sentimientos de una humildad que se confunde con el temor, y de un respeto que ratifica mis vínculos disciplinados con esta alta casa de estudios. También me siento sobrecogido con la sorpresa que me ha producido este premio, tan honroso y gratificante.

Ustedes, distinguidas autoridades y colegas, me hacen sentir privilegiado y feliz, y con ello profundizan mi compromiso irrevocable de servir a esta Casa de Estudios, para la inteligencia y el

*Palabras del Dr. Carlos Di Núbila.

espíritu de los dominicanos que se preparan para ingresar de manera apta en los proyectos de construcción de una mejor y más vivible República Dominicana.

Por ello agradezco al Señor Rector, al Consejo Académico y a la Fundación Universitaria Dominicana el honor que hoy me confieren, y por ello ratifico mi gratitud tomando prestadas unas palabras del insigne intelectual mexicano Octavio Paz quien al referirse a la palabra “gracias” dijo:

“Gracias es una palabra que tiene equivalencia en todas las lenguas. Y en todas es rica la gama de significados. En las lenguas romances va de lo espiritual a lo físico, de la gracia que concede Dios a los hombres para salvarlos del error y la muerte, a la gracia corporal de la muchacha que baila o del felino que salta en la maleza. Gracias es perdón, indulto, favor, beneficio, nombre, inspiración, facilidad en el estilo de hablar o de pintar, además que revela las buenas maneras y, en fin, acto que expresa bondad de alma. La gracia es gratuita, es un don. Aquel que lo recibe, el agraciado, si no es un mal nacido, lo agradece, da las gracias. Si cada una fuese una gota de agua ustedes podrían ver, a través de ellas, lo que siento: gratitud, reconocimiento”. (Fin de la cita).

Cierro mis expresiones de gratitud con esas palabras ajenas que hago mías, y agrego que comparto con toda mi familia, con mis amigos y con los compañeros educadores dominicanos, caribeños y latinoamericanos con quienes he recorrido en distintas etapas los caminos que nos llevan a asumir el compromiso del quehacer de enseñar.

Conmigo mismo y con ellos renuevo ante ustedes mi obligación, libremente elegida, de continuar solidariamente en esta etapa con los pioneros que décadas atrás tuvieron la visión y el arrojo de fundar esta Universidad que lleva el nombre del insigne intelectual dominicano Pedro Henríquez Ureña, gloria del pensamiento de nuestra América y de la República. El y yo, salvando diferencias, compartimos amores y vivencias entre la tierra de las pampas y el suelo de Quisqueya.

Ustedes, amigos y académicos presentes, son la inspiración para continuar colaborando con esta Universidad hasta lograr llevarla hasta las más altas cimas de la excelencia.

Refuerzo mi determinación con las palabras que como un reto desafiante planteó Don Pedro Henríquez Ureña:

“Los hombres de temple puro no hacen traición a sus ideales, ni con la edad ni con los fracasos ni con los éxitos: al contrario, tiempo y experiencias fortifican en ellos la fe en el bien y en la justicia, aclaran sus ojos, aguzan sus juicios”.

Desde hace años he mantenido con la UNPHU y con la República un diálogo íntimo y cordial que ha cobrado realidad en múltiples encuentros. Encuentros que se han dado en dos dimensiones: en la dimensión cognoscitiva y en la dimensión afectiva. Y en el camino tan cruzado de experiencias por donde ha transcurrido mi vida académica, la arboleda de la UNPHU ha sido un grato oasis, un modo de sentirme en mi casa.

Me he entusiasmado con los aciertos de esta Universidad y me han deprimido sus desaciertos.

Esa relación íntima y altamente gratificante me ha permitido conocer y evaluar las enormes posibilidades de desarrollo de la universidad y como, superando su pasado, puede hacer esfuerzos válidos para reinventarse, vigorizarse y asumir el liderazgo que la historia le ha reservado para contribuir al engrandecimiento de la educación superior en el país y en el archipiélago caribeño, pasando, por supuesto, por las entrañas de una de las ciudades más importantes para la República, como lo es la ciudad de Nueva York.

Quiero compartir, aprovechando esta oportunidad, una visión abreviada de la educación como instrumento para viabilizar el proyecto de la futura sociedad dominicana y del rol que deben jugar nuestras universidades en la tarea de enfrentar los desafíos que plantean las desigualdades sociales, el desempleo, la desarticulación de estado y sociedad, y sobre todo la quiebra de los más elementales vínculos de auténtica solidaridad política, económica y social.

Para construir el futuro y valorizar el presente no podemos renunciar, sin embargo, a recordar, revisar y categorizar el pasado. Por ello me permito recordar que durante el Siglo XX fuimos testigos de un significativo crecimiento y expansión de las universidades. Estas nuevas instituciones culturales responden, sin duda alguna, a necesidades sentidas por la civilización occidental. Se institucionaliza

orgánicamente el saber y hemos visto que la educación y las instituciones educativas han tenido que irse conformando a las necesidades y exigencias de los tiempos, a la vez que con su quehacer, o su praxis, como decía Paolo Freire, se van transformando y van transformando la sociedad. El cambio y la transformación es, pues, consustancial a la vida universitaria y a la universidad misma. Esa vinculación de las universidades con los problemas fundamentales de la sociedad, es un aspecto sin el cual no se puede entender su misión generadora de conocimientos y su función formadora de profesionales y de personas maduras emocional e intelectualmente.

Esa misma vinculación provoca el debate inacabable e inagotable entre la inteligencia contemplativa y la inteligencia práctica que se acentúa en nuestro tiempo con las tensiones que acumulan sobre nosotros la revolución tecnológica, la irrupción de la globalización y la gran demanda de transformaciones en las estructuras sociales y económicas. Sin obviar la búsqueda de un mundo de paz porque lo agrava también la contienda encendida entre ideologías y sistemas diversos que se ofrecen como panaceas, aunque estas sólo conserven un valor de recuerdo o de referencia bibliográfica.

Todavía la sociedad es hoy, más que nunca, "el monstruo de su laberinto", como en el siglo XVII lo definiera Calderón de la Barca, el gran clásico español, con tanta actualidad como si fuera hoy mismo.

Esta situación laberíntica incide notablemente sobre la condición de universitario. Se es universitario en la medida en que se posee una visión ordenada, sistemática y penetrante del mundo del saber y la cultura. Es decir, en la medida en que se ha conformado debidamente para su función más propia, a la inteligencia contemplativa. Pero también se es universitario en nuestro tiempo en la medida en que se adiestra la inteligencia práctica; en la adquisición y manejo de útiles instrumentos para actuar sobre la realidad en toda la complejidad que ofrece la sociedad cada vez más tecnificada y organizada, cada vez más interdependiente en la trama de sus múltiples elementos. Por consiguiente, la universidad tiene que buscar el difícil equilibrio entre el saber contemplativo y teórico y el saber práctico y utilitario, entre la inteligencia que mira a distancia y la inteligencia

que modifica día a día la madeja de la existencia. En este equilibrio radica la autenticidad de la vida universitaria.

Tenemos que debatirnos permanentemente entre la coexistencia del rancio pensamiento que podemos destilar de la historia de la antiquísima y clásica Universidad de Bologna y la experiencia actual y de futuro de los “community college” que ahora adopta el Gobierno Dominicano como interfase creativa entre la vieja universidad derivada del “trivium y el cuadrivium” de los latinos, y las exigencias y celeridades del tiempo en la era de la globalización y de la aldea global de los TLC y los sentimientos contrapuestos de los nacionalismos y tribalismos decimonónicos.

Don Jaime Benítez, ejemplo de universitario, universitario del ejemplo, Rector de la Universidad de Puerto Rico por antonomasia de toda una generación, nos decía (cito):

“Hay que ganar la sabiduría para que nos nutra como una savia; hay que llevarla de la Universidad al pueblo. Aquí en las aulas hemos de vivir en la alegría y el esfuerzo creador de quien a diario se enriquece de saber de verdad. Hay que vivir la emoción y en la embriaguez de quien día a día se le revelan misterios, se le descubren mundos desconocidos, se le abren nuevos caminos. Hemos de ganar aquí imaginación, fuerza poética y ansia de desbordamiento para llevar el mensaje de la vida democrática a todo nuestro pueblo. Tenemos que compartir esa riqueza nuestra –la riqueza de la cultura– generosamente y a manos llenas; esta riqueza crece cuanto más se entrega”.

La naturaleza práctica de la sociedad del conocimiento plantea una relación completamente diferente entre el pensamiento y la acción. En la investigación se construyen teorías a partir de la experiencia pero, a su vez, las teorías se vuelcan sobre la experiencia inicial para transformarla, desde intereses que le vienen dados desde fuera del ámbito científico.

Como consecuencia, la ciencia, concebida antes como pura contemplación, se convierte en transformación y creación de procesos en la naturaleza que influyen de una forma determinante en el ejercicio del poder. La afirmación “saber es poder” cobra una fuerza que se hará sentir en todos los ámbitos de la vida. Como respuesta, la sociedad del conocimiento está produciendo cambios radicales

en las teorías que antes se consideraban como explicaciones válidas del saber y la cultura.

Estos cambios se vuelven continuos, es decir, es tal el desarrollo en el conocimiento, que se cambia de paradigmas rápidamente, con lo cual se renuevan las explicaciones dadas sobre el quehacer humano y científico, que antes permanecían incólumes por siglos.

Ante esta permanente realidad, la misión cultural y científica de la educación superior adquiere hoy día singular importancia ante el fenómeno de la globalización, que amenaza imponernos una homogeneidad empobrecedora ante la cual los pueblos deben fortalecer sus valores e identidades.

Ya Pedro Henríquez Ureña nos advertía: (Cito)

“El ideal de la civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos los países, sino la conservación de todas las diferencias dentro de una armonía”.

También, ante esta permanente realidad la universidad experimenta una constante tensión en su vida diaria, pues está llamada a consolidar los valores universales y trascendentes de la sociedad, a la vez que opera como agente de cambio de esa misma sociedad.

Tal vez ninguna palabra describa con mejor precisión esa tensión existencial en las instituciones educativas, particularmente en la universidad, como la palabra crisis. Uno de los aspectos centrales de la crisis que vive la educación superior en general, se encuentra definitivamente en su desvinculación de la problemática nacional.

En el planteamiento de cómo debe ser la universidad de nuestros días se conjugan dos tipos de discursos centrales, uno de corte técnico, preocupado por los planteamientos derivados de la planificación universitaria y, otro, que afirma que el cambio de la educación superior deberá realizarse a partir de la definición del modelo, del paradigma, del proyecto de país que se pretende desarrollar.

En ambos casos, en ambos discursos, a pesar de las divergencias entre ellos, se parte del acuerdo tácito en torno a la necesidad de elevar los niveles de calidad y pertinencia de la educación superior.

La UNPHU no ha estado ni está ajena a esta tensión, pero para poder aprovechar la crisis en forma fructífera, debemos tener una visión esperanzadora de la existencia. Podemos decir que todo acto

educativo, cada ejercicio de enseñanza y de aprendizaje, constituye un acto esperanzador. Por supuesto, no debemos confundir la visión esperanzadora de la existencia con el optimismo ingenuo que pretende obviar las dificultades, viendo las cosas de lejos, o simplificando la complejidad de la realidad.

Tenemos que comprender que la esperanza no es un estado de ánimo, ni una opinión sobre el sentido de la vida; es una manera de vivir la vida. Es una virtud. La esperanza es una elección valiente para enfrentarnos a los problemas. Es nuestra garantía de lo posible, pues mientras vivamos una vida esperanzada, cada conflicto, cada obstáculo, se puede transformar en una oportunidad.

Sugiero que la esperanza sea nuestra respuesta más contundente al nihilismo postmoderno que pretende dominar el pensamiento universitario de hoy día.

En esta etapa de relanzamiento de la UNPHU todos sabemos que la esperanza puede ser el motor que nos permita transformar y revitalizar nuestro escenario cotidiano en una praxis productiva y saludable. Ese debería ser un compromiso innegociable de toda la comunidad universitaria.

El mundo que nos ha correspondido vivir es uno complejo, donde la enajenación traiciona constantemente nuestro quehacer cotidiano. Ninguna generación anterior a la nuestra ha llegado a los niveles de soledad alcanzados por nosotros. A nuestro alrededor existen millones de seres humanos incapacitados para distinguir entre la realidad de sus vidas y el mundo de las fantasías.

La Universidad tiene que mirarse a sí misma, tiene que pensarse, evaluarse, juzgarse con frialdad, con mente crítica, redescubrirse en su fuerza y en sus debilidades, en su desarrollo, parálisis o retroceso.

Mario Benedetti lo ha dicho con singular claridad: Cito:

“De vez en cuando hay que hacer una pausa, contemplarse a sí mismo, sin la fruición cotidiana, examinar el pasado, rubro por rubro, etapa por etapa, baldosa por baldosa, y no llorarse las mentiras sino cantarse las verdades”.

En torno a esas inquietudes tendremos que pensar, angustiarnos y resolver cuál es el papel que habrá de jugar la Universidad

Nacional Pedro Henríquez Ureña en la conducción de la juventud para asumir un rol creativo, imaginativo, eficaz y ético para construir la nación dominicana de ese futuro que hoy ya tenemos en nuestras manos.

Ese es nuestro reto.

Esa es la tarea a enfrentar de ahora en adelante.

Muchas Gracias.